

EL PAIS HA APOSTATADO DE SU FE

EN el día de ayer el país apostató públicamente de su fe. Dejó de considerarse católico en su Constitución —fruto de la soberanía popular—, y por tanto, en sus leyes y actos públicos.

Obsérvese que elijo los términos cuidadosamente: el país y apostatar. Digo apostatar porque, según el Diccionario de la lengua, así se llama al acto de negar públicamente la fe de Cristo que se recibió en el bautismo. Digo el país, y no España, porque, si ésta es algo más que un territorio y un censo, es decir, si tuvo un espíritu o un alma, ésta voló ya hace años a donde vuelan las almas de los pueblos, y sólo quedan aquí sus restos en manifiesta descomposición y hedor.

Las palabras son terminantes: **«NINGUNA CONFESION TENDRA CARACTER ESTATAL.** Los poderes públicos tendrán en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española y mantendrán las consiguientes relaciones de cooperación con la Iglesia católica y demás confesiones». (Ignoramos qué sentido tendrá esa sibilina mención de la Iglesia católica en paridad con «las demás confesiones». Cooperar, ¿para qué?)

Esto pudo aprobarse por gran mayoría en la comisión del Congreso español sin protesta de nadie, porque no es protesta el

votar en contra o abstenerse de votar. Muchos de los parlamentarios eran católicos oficiales del anterior régimen, o demócrata-cristianos (es decir, no sólo profesas sino profesionalmente católicos), o, incluso, se titulan socios de la obra misma de Dios. Nadie dio allí testimonio de Cristo, como nadie lo dio cuando fue condenado ante el Sanedrín y el Pretorio. Tampoco tuvo en la calle ni en la Prensa. El Nuncio apostólico y sus cofrades lo recibieron, por supuesto, como un fruto de su política.

Negado Cristo en su santa fe, y la religión o religación del país para con su Dios, ya todo será posible y opinable en sus leyes y en sus costumbres. Nada podrá oponerse seriamente al divorcio, ni al aborto, ni al incesto, ni a la homosexualidad legalizada, ni al nudismo, ni a la eutanasia, ni a los cultos satánicos ni a los crímenes rituales.

PREVISIBLEMENTE será éste el último curso en que se imparta la enseñanza de la religión católica en las escuelas e institutos. El crucifijo dejará de presidir sus aulas. En consecuencia, deberá también eliminarse del vértice de la corona real, aunque más sencillo será desguace total de tan inútil artefacto.

Las próximas elecciones municipales darán cumplimiento

visible y tumultuoso al acta de apostasía nacional. Ayuntamientos laicistas y socialistas, elegidos en gran parte por el voto de una chiquillería drogada mental y aun físicamente, declararán enemigos de la democracia (o criminales de guerra) a cuantos dieron su vida por la fe católica y por aquello que se llamó España. El clero progresista dará toda facilidad en cuanto a los muros de los templos se refiera para reivindicar a los que un día los incendiaron y para eliminar a los que los defendieron y reconstruyeron.

Sólo el Ejército (estamos seguros) mantendrá el culto a los héroes y a los mártires de la fe y de la patria. En sus recintos seguirá honrándose a los que obtuvieron la mayor victoria del Ejército español durante el último siglo en la defensa de su patria.

¿Alguien puede dudarlo? El honor de militares ilustres que un día condujeron personalmente a la victoria o a la muerte a tantos soldados de la fe y de la patria, y que aún están en el mando, nos lo garantiza. Nadie abraza la profesión del honor y de las armas para rendir sin lucha una plaza con tanta sangre conquistada. Un reducto, al menos, pervivirá dentro del país y de la apostasía.

RAFAEL GAMBRA
(Catedrático)